

POR QUE LA PAZ POLÍTICA NO ES LA PAZ HUMANA

Cuando hablamos de paz, casi siempre creemos estar hablando de lo mismo. Sin embargo, no es así. La palabra “paz” se usa habitualmente para designar una realidad muy concreta —la paz política— que no coincide con lo que aquí entendemos por paz humana. Si no aclaramos esta diferencia desde el inicio, toda propuesta de unidad humana queda inevitablemente atrapada en la confusión. Por eso es necesario precisar, con cuidado y sin ambigüedades, de qué paz hablamos.

No nos referimos a la paz política entendida como mera ausencia de guerra: ese estado de armisticio o de entreguerras sostenido por un orden violento, garantizado por la fuerza de la ley y, en última instancia, por las armas. En ese marco, por ejemplo, cuando Estados Unidos secuestra a Maduro, presidente de Venezuela, sus defensores lo presentan como un acto de justicia; mientras que sus críticos lo consideran una ruptura de la paz, una acción violenta que viola el derecho internacional y la soberanía de los Estados. En ambos casos se apela a la misma idea: que la justicia debe ser “restaurada” mediante la coerción.

Ese orden legal al que se apela no puede sostenerse sin fuerza. Por ello, cualquier orden jurídico termina respaldando un orden jerárquico global que, durante las últimas décadas, ha estado encabezado por Estados Unidos y sus aliados, no por ser más justos, sino por ser más fuertes, medida su fuerza por su capacidad de destrucción. Pero esa no es la paz de la que hablamos aquí.

Para nosotros, la paz es concordia, acuerdo, armonía, amor. No es la ausencia de destrucción mantenida mediante una amenaza eficaz, ni algo que deba “preservarse” frente a un enemigo que la rompe. La paz que proponemos no puede “restaurarse” porque nunca ha existido: la unidad humana no ha existido ni siquiera era posible en un mundo desconocido e incomunicado como el del pasado. La paz que proponemos es un emprendimiento nuevo, un objetivo inédito. Nuestro propósito —la unidad humana— **es en sí mismo la paz**, una paz basada en la inclusión de todos los seres humanos.

Para comprenderlo, es necesario entender primero que la violencia —ya sea guerra, confrontación, imposición o amenaza— surge lógicamente de la unilateralidad, es decir, de la toma de decisiones excluyente.

Dado que los recursos son limitados, su uso exclusivo priva a los demás: los encarece, los perjudica y los sitúa en condiciones inaceptables. Pero incluso antes de ese daño material, la propia decisión excluyente ya es en sí misma violencia, pues menoscaba la dignidad del otro. Estos son aspectos o contradicciones de la parcialidad, pero la más grave, sin embargo, es que todas las partes se ven forzadas a dedicar sus recursos humanos y materiales a aumentar su capacidad de violencia, tanto en tiempos de guerra como de paz, ya que entre partes divididas solo queda una alternativa: dominar o ser dominado. Ese es el efecto real de la unilateralidad o división humana. La violencia no es un accidente de la parcialidad: **es su consecuencia inevitable**.

Por el contrario, la unidad humana, la universalidad —la toma de decisiones incluyentes— es la paz en su sentido humano y verdadero. Porque si estamos unidos, aunque al principio el proceso pueda parecer difícil o confuso debido a nuestra conciencia moldeada por nuestro pasado de parcialidad, la propia lógica de la unidad

nos lleva a rechazar lo que cause daño y a buscar lo que nos beneficia a todos. Así también, nos influiremos mutuamente hacia comportamientos sociales adecuados a la comunidad entera: el cuidado mutuo, la cooperación, la concertación, la coordinación, la armonía y la concordia. Ese es el bien común, que nos interesa a todos sin contradicción.

Esto se aprecia incluso en su manifestación más obvia o inmediata: una humanidad unida no necesita ejércitos, ni destinar sus recursos a reforzarlos frente a otros ejércitos igualmente armados —acaso, en una fase inicial, solo una policía. Del mismo modo, se vuelve innecesaria la jerarquía rígida y la distribución piramidal de la riqueza que hoy sostiene la cadena de mando basada en la fuerza, el castigo y la privación premeditada de recursos, incluso de los necesarios para vivir. Estas estructuras existen y son inevitables únicamente para sostener el enfrentamiento con otras igualmente implacables en su disposición a la confrontación en la parcialidad.

Podemos decirlo ya sin rodeos: **la unilateralidad es el daño —mutuo—; la universalidad es el bien —común—**. Esto puede explicarse mediante el sentido común y comunicarse a todos los seres humanos, porque cada cual puede comprenderlo por sí mismo. Sin embargo, no puede ser el propio Estado —expresión institucional de la unilateralidad— quien promueva esta visión. Por eso existe nuestra iniciativa de unidad humana, y por eso es importante que cooperes en compartirla; y para ello, es esencial que tú mismo la comprendas.

Esta idea no es nueva. Al contrario, fue bien conocida en la antigüedad, cuando el Estado no era el único medio de transmisión del conocimiento. Está presente en el pensamiento chino antiguo, en el moísmo de Mozi; en la antigüedad grecorromana, donde se apelaba al *Logos* como sentido común universal; y también en África, desde tiempos inmemoriales, bajo el nombre de **Ubuntu**, que puede traducirse como humanidad compartida. De Ubuntu se deduce con claridad que la paz es, en esencia, la unidad humana. Basta pensar con profundidad lo que significa y lo que implica.

Algunas definiciones de Ubuntu lo expresan con gran claridad:

- “Se es persona gracias a las otras.”
- “Ser humano es afirmar la humanidad en el reconocimiento de la del otro.”
- “Es la comunidad la que define a la persona, y no una cualidad aislada como la racionalidad o la voluntad.”
- “En el pensamiento africano, la responsabilidad es inseparable del contexto comunitario.”
- “Estamos en el mundo para crearlo juntos.”
- “Yo soy porque nosotros somos; y puesto que nosotros somos, luego yo soy.”

Ubuntu revela el espíritu que nos une a la comunidad. Nuestra mente no existe aislada: se forma y se nutre de su entorno. Precisamente por eso, los seres humanos estamos llamados a vivir en una sola comunidad, no como una opción moral añadida, sino como la forma adecuada de nuestra existencia —y eso es, precisamente, lo que hoy nos falta. Ese espíritu —llámese mente, logos, humanidad o de cualquier otro modo— no se deja atrapar plenamente por las palabras. Al contrario, las palabras, con las que hoy se hace la política y la ley, a menudo lo ocultan. Por eso, en China se habla del *Tao*: aquello que no puede expresarse, pero que, sin embargo, nos guía.